

no desmentirte en la menor cosa, pues se perdería al menor descuido. *Au reste*, te veo muy esperanzado de la próxima victoria, por la cristiana y prudente prevención que me haces de que, si sucede el caso, correrás el velo. *Ce comique m'a fait éclater...*» (Prosiguen tales obscenidades, que es imposible transcribirlas.)

No es fácil colegir si la dolencia a que se refiere Mora en esta carta fué realmente una prosaica indigestión de guisantes, o era ya el primer amago de la terrible enfermedad que, precipitada por los vicios, había de llevarle prematuramente al sepulcro.

Este fue, antes de caer en las redes de Mlle. de Lespinasse, el famoso Mora, á quien Voltaire quiere confiar la misión de formar en España un nuevo siglo, y llama D'Alembert alma pura, noble, fuerte y dulce, y tiene el abate Galiani por genio tan superior, que considera a España indigna de poseerle. Veamos ahora a este mismo Mora, después que se atravesó en su camino aquella mujer funesta.



VII

CUERTAMENTE que al leer cuanto llevamos dicho del Marqués de Mora, podrá, con razón, preguntarse cualquiera: Y ¿cómo pudo entonces un personaje de mérito tan discutible arrancar elogios tan entusiastas á hombres como Voltaire, D'Alembert, Condorcet y el abate Galiani, perversos sin duda, pero tan poco propensos a deslumbrarse? ¿Cómo pudo avasallar el corazón de una mujer como mademoiselle de Lespinasse, dotada, según dicen, de méritos tan superiores?

La respuesta es bien sencilla, a nuestro juicio.... Eran entonces los filósofos lo que son hoy ciertos periodistas: muñidores de intrigas y de falsas reputaciones que crean en intere-

ses de un partido, o sencillamente por dinero, si bien aquéllos nunca se rebajaron a tanto.

La alta posición de Mora, su parentesco con Aranda, que acababa entonces de arrojar a los jesuitas de España; su osadía natural y sus deseos de brillar y singularizarse, hacíanle el agente más apto para activar en España, entre la grandeza, la impía propaganda que desde tiempos atrás venían haciendo sin grandes resultados.

Los filósofos demostraron gran conocimiento práctico del mundo al escoger en Francia, como aliada principal de sus doctrinas, la moda, y como misioneros de estas mismas a los elegantes y a las mujeres. «Si queréis que una opinión prevalezca, dice una de las que más parte tomaron en los impíos manejos de aquella época, Mme. Necker, recomendádsela a las mujeres, que, como son ignorantes, todo lo creen; como son ligeras, todo lo popularizan, y, como son testarudas, todo lo defienden con vehemencia.»

Mas las mujeres en España no se hallaban ni se hallan aún lo bastante corrompidas para convertir sus salones en cátedras de impiedad, como lo habían hecho ya muchas de ellas en Francia, y por eso, sin duda, escogieron los

filósofos lo que más se parece a una mujer perversa y más contribuye a convertir a éstas en tales: un elegante corrompido y vanidoso como lo era Mora.

Faltaba, sin embargo, a este modelo el pedestal sobre que había de exhibirse, y éste fue el que le levantaron los filósofos con sus elogios, que eran entonces la ejecutoria que daba a cualquiera medianía, con tal que fuese esceptica, los honores de grande hombre.

En cuanto a lo segundo, también la respuesta nos parece obvia: Mlle. de Lespinasse no amó a Mora con el corazón, sino con los sentidos, y para esto ya tenía Mora méritos bastantes.

Era el Marqués un buen mozo, elegante, gran señor, simpático, con esa simpatía que inspiran a las mujeres sensuales los hombres calaveras de quienes mucho se habla; y mademoiselle de Lespinasse por su parte, digan lo que quieran los panegiristas que han tenido la blasfema necedad de ponerla en parangón con Santa Teresa, era tan sólo la encarnación femenina, y refinadísima por eso, del espíritu francés del siglo XVIII; ingenio vivo, gracia, cultura superficial, impiedad no razonada, sino fermentación del vicio y del orgullo, y

sensiblería empalagosa, falsa, postiza y romancesca, mezclado todo y combinado con cierto arte para encubrir la sucia alma de todo ello, la podrida llaga de aquella época, la fea, la asquerosa y prosaica lujuria.

Mlle. de Lespinasse no escribió nunca novelas, pero *las hizo*; y su vida, falsa y amanerada novela en acción, fue tan sólo, como aquellas otras novelas escritas de su época, un tejido de apetitos sensuales desbordados y vestidos de pasiones amorosas, con las galas del sentimentalismo postizo de la nueva Heloisa, y los artificiales frenesíes de las heroínas de Rétif de la Bretagne.

Hasta en aquella época, la más desvergonzada y cínica de la historia moderna, resultaban ciertas cosas tan feas y repugnantes, que preciso fue, como hoy hacen muchos, disfrazar el apetito con el nombre de amor, y con el de amables extravíos del corazón los cínicos desbordamientos de los sentidos.

Juana, Julia, Leonor de Lespinasse nació el 18 de Noviembre de 1732, en Lyon, y era hija adulterina de la Condesa D'Albon. Educóla ésta esmeradamente y tívola consigo en el antiguo Château d'Auvaches, no lejos de Tarare, hasta que, muerta la madre en 1747, que-

dó la Lespinasse huérfana y sin amparo a los diez y seis años.

Ofrecióla entonces un asilo en el Château Chamrond, donde vivía la mayor de sus hermanas legítimas, casada con el Marqués de Vichy, hermano de la célebre Marquesa Du Deffand, de quien ya nos hemos ocupado.

No podían ni debían los Vichy reconocer como hermana a Mlle. de Lespinasse sin deshonrar por completo la memoria de su madre, y recibieronla, por lo tanto, como aya de los hijos que tenían, que eran dos niños y una niña.

Mortificaba mucho el amor propio de la Lespinasse esta posición subalterna en casa de la que sabía ella muy bien ser su hermana: mas la necesidad forzóla a permanecer allí cinco años, hasta que el verano de 1752 acertó a pasar por el Château de Chamrond la vieja Marquesa Du Deffand, que venía a visitar a su hermano y su cuñada.

La Marquesa Du Deffand, resto podrido de las orgías de la Regencia, de quien dice la Condesa de Genlis, doctora en la materia, que se había refugiado en la impiedad, como medio de no tener que sonrojarse de un pasado escandaloso, contaba ya más de cincuenta y cinco

años, hallábase a la sazón casi ciega, y andaba a caza de una *señorita de compañía*, harto difícil de encontrar, ciertamente, si había de reunir, a la paciencia necesaria para soportar los egoístas caprichos de la Du Deffand, dotes bastantes para no hacer un papel desairado en el aristocrático salón de la Marquesa, centro de los personajes más eminentes y los *bels esprits* más notables que existían entonces en la capital de Francia.

Agradó a la Du Deffand el aya de sus sobrinos; hizo de ella particular estudio, y después de varias negociaciones en que la prudente dama procuró atar bien todos los cabos, hízose al fin el convenio, y marchó Mlle. de Lespinasse a París a instalarse al lado de la Marquesa Du Deffand en el convento de San José.

Hallábase éste situado en la calle de Santo Domingo, donde está hoy el Ministerio de la Guerra; mas no era el convento de San José, como otros muchos de su época, asilo exclusivo de pías religiosas: era entonces costumbre muy común dar en ellos albergue a señoras de alto rango que buscaban allí un asilo, mitad profano, mitad devoto, puesto que pudiendo salir y entrar, y recibir a sus amigos con entera independencia, podían tomar también

parte en las prácticas devotas de las religiosas desde tribunas especiales construidas al efecto.

Célebres inquilinas del convento de San José fueron la Marquesa de Montespan, después de su rompimiento con Luis XIV; la Princesa de Talmont, famosa amiga del pretendiente Carlos Estuardo; la Condesa de Genlis, que vivió allí con su madre, y fué también la Marquesa Du Deffand desde 1747.

En esta fecha instalóse en aquella santa casa, como una víbora en un nido de palomas, aquella viejecilla ciega, pequeña, flaca, pálida en extremo, de cabeza y facciones abultadas, que desde el fondo de su salón de *moiré* amarillo con cordones de color de fuego, ejerció por su talento y su impiedad una verdadera y funesta influencia en la sociedad más ilustre de su tiempo.

Mme. Du Deffand aprovechaba todo lo profano y nada de lo devoto de su retiro, y sólo una vez al año ponía los pies en su tribuna de la iglesia. La noche de Navidad invitaba a sus íntimos para oír desde esta tribuna la misa de media noche, que llamamos en España *Misa del Gallo*, y dábales después una opípara cena (*réveillon*); pues la ilustre Marquesa, que era

harto gastrónoma, solía decir que *el cenar* era el quinto de los novísimos o postrimerías del hombre, omitido sin razón alguna fundada en el Catecismo.

En este círculo íntimo de la Marquesa Du Deffand fué, pues, donde Mlle. de Lespinasse completó su educación, adquiriendo la exquisita urbanidad y elegantes maneras de la gente de gran tono en aquella época; el dón de gentes, la cultura superficial, la cínica impiedad no razonada, el epicurismo de costumbres, y, sobre todo, la maestría de la buena conversación, tan cultivada en los salones de Versalles y de París desde los tiempos de Luis XIV; difícil arte que requiere juntamente el dón de saber hablar y el dón de saber escuchar.

La misma Lespinasse confiesa este aprendizaje, y de él se jacta en una de sus cartas al Conde de Guibert. «Ved la educación que he recibido: Mme. Du Deffand, que por su talento debe citarse; el presidente Henault; el abate Bon; el arzobispo de Tolosa (Loménie de Brienne); el arzobispo de Aix (Boisgelin de Cicé); Mr. Turgot; Mr. D'Alembert; el abate Boismont. Estos son los hombres que me han enseñado a hablar y a pensar, y se han dignado estimarme en algo.»

Y ciertamente que no desperdiciaron sus lecciones estos funestos maestros, célebres todos en la historia del filosofismo y de sus más hondas ramificaciones. Mas no aprendió, ciertamente, de la Marquesa Du Deffand el sentimentalismo, el tono lacrimatorio y los amanerados y románticos golpes teatrales de que están matizados los escritos y la vida de Mlle. de Lespinasse.

La ilustre Marquesa, por el contrario, acerba, cáustica, maligna, derrochando siempre su talento, quizá *monstruoso*, como alguien ha dicho, en epigramas y observaciones profundas, aparece siempre natural y espontánea, y esta espontaneidad, elegante y culta, que tanto valor literario presta a sus cartas, brillaba de igual modo en su persona, en su trato y hasta en las bromas que daba a sus amigos íntimos.

Dejémosla hablar a ella misma, y nos dará mejor prueba de cuantas pudiéramos alegar nosotros.

«Os acordáis bien, escribe a Horacio Walpole, que la Mariscala de Luxembourg (1) y

(1) Era hija del Duque de Villeroy; casóse en primeras nupcias con el Duque de Bouffleurs, y en segundas con Cristóbal de Montmorency, Mariscal y Duque de Luxembourg. Fue en su juventud de las mujeres más

yo acostumbramos siempre por Año nuevo a enviarnos nuestros aguinaldos, y tampoco habréis olvidado la furiosa manía de la Mariscalá por el *parflage* (1). Por eso me ocurrió el otro día vestir a Pompon, el chiquillo de Wiart (2), de capuchino, y hacerle todos sus arreos de hilo de oro, solideo, barba, disciplinas, rosario, sandalias y alforjas bien repletas.

»Vino aquella noche a casa mucha gente; entró Wiart y me dijo que había allí un fraile que quería hablarme.

»Me negué a recibirle; pero la Mariscalá, ra-

escandalosas de la Corte, y según Horacio Walpole, hizose devota cuando vió que se acercaba la hora de que se la llevara el demonio. Su salón era el más aristocrático de París, y ella fue hasta el fin de su vida el oráculo del buen tono. Murió a los ochenta años, y en la fecha de esta carta de Mme. Du Deffand contaba setenta y uno.

(1) Llamábase en aquel tiempo *parflage* al arte (?) de deshilar una tela de brocado de oro o plata, separando hilo a hilo el metal de la seda. Este ridículo e inútil entretenimiento estuvo tan de moda mucho tiempo en los salones de París, que hasta los personajes más graves ejercitaban en él su destreza. Los caballeros solían llevar los pedazos de galón o brocado, y las damas se disputaban las hilachas que resultaban.

(2) Wiart era el secretario de Mme. Du Deffand, que vivía con ella. Tenía un hijo pequeñito a quien la Marquesa llamaba *Pompon*, y éste es el héroe de esta historia.

biando de curiosidad por saber qué negocios podía tener conmigo un fraile, se empeñó en que entrase.

Esto esperaba yo, y le mandé entrar; entró entonces Pompon, el capuchino más mono que puede imaginarse, y cantó varias coplitas a la Mariscalá, ofreciéndola su traje, donde tenía materia para *parfiler* todo aquel año.

Al otro día envié al capuchinito a visitar a la Marquesa de Caramé y a las Duquesas de la Valière, Grammont y Choiseul, y en todas partes tuvo una ovación verdadera, porque estaba realmente monísimo.

»A los dos días de esta broma me trajo la Mariscalá sus aguinaldos, que eran los seis últimos tomos de Voltaire, con una preciosa tabaquera de oro, que tenía en la tapa el retrato de *Tonton* (1).

»Así me regalaba juntos a Voltaire y a mi perro, y por eso venía dentro de la tabaquera este epigrama del caballero de De Bouffleurs:

»Vous le trouvez tous deux charmants;
Nous les trouvons tous deux mordants;
Voilà la ressemblance.

(1) *Tonton* era un perrito de la Marquesa Du Deffand, que legó al morir a Horacio Walpole.

L'un ne mord que ses ennemis;
Et l'autre mord tous vos amis;
Voilà la difference» (1).

(1) Vos encontráis a los dos encantadores, y nosotros a los dos mordaces; he aquí la semejanza. El uno no muerde más que a sus enemigos, y el otro muerde a todos vuestros amigos: he aquí la diferencia.



VIII

DIEZ años duró aquella vida íntima entre ambas mujeres, sin que nadie sospechase el volcán que la ambición, la vanidad y el amor propio herido habían ido formando poco a poco en el pecho de la *señorita de compañía*.

Habíale tomado ésta gusto al mundo que frecuentaba; sentíase capaz de dominar en él, y humillábala cruelmente verse reducida en aquel brillante mundo al solo papel de comparsa, al lado de aquella egoísta vieja, cuya influencia y prestigio envidiaba y trataba de usurpar.

Quizá también influyó no poco en la conducta de Mlle. Lespinasse para con su señora aquel su deseo íntimo y secreto que revela Marmontel en sus *Memorias*.